

santo? Algun rosario único en su clase? Alguna reliquia eficaz y probada? Todas se perdían en un mar de conjeturas. Cuando murió la pobre anciana corrieron todas velozmente hácia el armario y lo abrieron. Encontraron el objeto envuelto con triple lienzo, como patena bendita. Era un plato de loza mayólica, representando amorcillos perseguidos por mancebos de botica, armados con enormes jeringas. La persecucion era abundante en gestos y en posturas cómicas. Uno de los lindos amorcillos tenia ya puesta una cala, forcejea, agita las alas y trata de volar, y el boticario reía con risa satánica. Moralidad: el amor vencido por el cólico. Este plato curiosísimo, y que tiene quizás el mérito de haber sugerido una idea á Molière, existia aun en Setiembre de 1845 de venta en una prendería del boulevard Beaumarchais.

Aquella buena vieja no queria recibir ninguna visita, *porque, decia, el locutorio es muy triste.*

X.

Origen de la Adoracion perpétua.

El locutorio casi sepulcral, de que hemos procurado dar la idea, es un hecho puramente local, que no se reproducia con la misma severidad en los otros conventos. En el de la calle del Temple, que era de otra orden, reemplazaban á los postiguillos negros cortinas oscuras, y el locutorio era un salon bien pavimentado, cuyas ventanas tenian cortinillas de muselina blanca, y en sus paredes habia cuadros de todas clases: un retrato de una Benedictina con la cara descubierta, floreros y hasta una cabeza de turco.

En el jardin del convento de la calle del Temple existia el castaño de Indias, que pasaba por ser el más grande y más hermoso de Francia, y que tenia fama entre el pueblo bonachon del siglo diez y ocho de ser el *padre de todos los castaños del reino.*

Ya dijimos que habitaban el convento del Temple Benedictinas de la Adoracion perpétua distintas de las que dependian del Cister. Esta orden no es muy antigua: solo cuenta doscientos años. En 1549 fué profanado dos veces el Santísimo Sacramento, con pocos dias de intervalo, en dos iglesias de Paris: en San Sulpicio y en San Juan de la Grève; sacrilegio horrible y raro, que conmovió toda la ciudad. El prior, vicario mayor

de San German de los Prados, dispuso una procesion solemne de toda su clerecía, en la cual ofició el Nuncio del Papa. Esta expiacion no pareció suficiente á dos mujeres dignas, á la señora Courtin, marquesa de Boucs, y á la condesa de Chateauvieux. El ultraje que se cometió con el "augusto Sacramento del altar", no se borraba del alma de estas dos santas mujeres, y creyeron que solo podria repararse con la "adoracion perpétua", en algun convento de monjas. Ambas señoras, una en 1652 y otra en 1653, hicieron donacion de grandes sumas á la madre Catalina de Bar, llamada del Santísimo Sacramento, religiosa Benedictina, para que fundase con este piadoso fin un monasterio de la orden de San Benito. El señor Metz, abad de San German, concedió el primer permiso para esta fundacion, "con la condicion de que no se admitiese á ninguna que no aportase trescientas libras de renta, que suponen mil doscientos pesos de capital". Despues del abad de San German, el rey concedió reales cédulas, y las licencias abaciales y las reales se registraron en 1664 en el Tribunal de Cuentas y en el Parlamento.

Tal fué el origen y la consagracion legal del establecimiento de las Benedictinas de la Adoracion perpétua del Santísimo Sacramento en Paris. Su primer convento se "edificó de nueva planta", en la calle Casette con las donaciones de las señoras de Boucs y de Chateauvieux.

Esta orden, como se vé, no se confundió con la de las Benedictinas llamadas del Cister, y dependia del abad de San German de los Prados, como las monjas del Sagrado Corazon dependen del general de los Jesuitas y las Hermanas de la Caridad del general de los Lazaristas.

Era tambien diferente de la orden de las Bernardas del Petit-Picpus, cuyo interior acabamos de describir. En 1657, el Papa Alejandro VII autorizó por un breve especial á las Bernardas del Petit-Picpus para que practicasen la Adoracion perpétua como las Benedictinas del Santísimo Sacramento, pero no por eso dejaron de ser distintas las dos órdenes.

XI.

Fin del Petit-Picpus.

El convento del Petit-Picpus estaba agonizando desde el principio de la Restauracion; su agonía era una pared de la muerte general de la orden que vá desapareciendo, como todas las demás, desde el siglo diez y ocho. Es una necesidad humana la contemplacion lo mismo que la oracion, pero se transformará, como todo aquello en que ha puesto la mano la revolucion, y de hostil que era al progreso se convertirá en favorable.

La casa del Petit-Picpus se despoblaba rápidamente. En 1840 habian ya desaparecido de ella el convento pequeño y el colegio, y en sus claustros no habitaban ya jóvenes ni viejas: unas habian muerto y otras se habian ido. *Volaverunt.*

La regla de la Adoracion perpétua es rigidamente espantosa y ante ella retroceden las vocaciones y la orden no encuentra novicias. En 1845 quedaban aun algunas religiosas conversas; de coro ninguna. Cuántas hay hoy? En 1847 la priora era jóven, no habia cumplido cuarenta años, señal de que la eleccion se hacia entre pocas. A medida que disminuye el número, aumenta el trabajo; el servicio cada dia es más penoso, y ya se veia próximo el momento en que solo una docena de espaldas doloridas y encorvadas tuviesen que cargar con todo el peso de la terrible orden de San Benito. La carga es muy pesada y la han de llevar, pocas ó muchas. Su peso aplasta, las monjas mueren. Viviendo en Paris el autor de estas líneas murieron dos monjas, una de veinticinco años y otra de veintitres. Esta pudo decir como Julia Alpínula: *Hic jaceo. Vixi annos viginti et tres.* Por sufrir esta decadencia el convento renunció á la educacion de las niñas.

No hemos podido pasar por delante de esta casa extraordinaria, desconocida y oscura, sin entrar en ella con los que nos acompañan y nos oyen referir la historia melancólica de Juan Valjean. Penetramos en aquella comunidad, cuyas prácticas nos parecen hoy novísimas, ocupándonos de esa morada singular detenidamente, pero con respeto, á lo menos hasta el punto en que los pormenores y el respeto son conciliables. No todo lo comprendemos; pero nada insul-

tamos, colocándonos á igual distancia del *hosanna* de José de Maistre, que llega hasta la consagracion del verdugo, y de la burla de Voltaire, que llega hasta el escarnecimiento del crucifijo: falta de lógica de Voltaire, porque pudo defender á Jesús como defendió á Calas: pues, ¿qué representa el crucifijo hasta para los que niegan la encarnacion sobrehumana? El sábio asesinado.

En el siglo diez y nueve la idea religiosa sufre una crisis. Se olvidan ciertas cosas, y así debe ser, con tal de que al olvidarlas se aprendan otras nuevas. No debe hacerse el vacío en el corazon humano. Es conveniente demoler, pero con la condicion de levantar nuevas construcciones.

Esperándolas, estudiemos las cosas que ya no existen, aunque solo sea para evitarlas. Las falsificaciones del pasado aparecen con falsas denominaciones, y se adjudican á sí mismas el porvenir: lo pasado es un viajero que puede falsificar su pasaporte; estemos prevenidos y desconfiemos. La fisonomía del pasado es la supersticion y su máscara la hipocresía. Denunciemos su rostro y arranquemos su máscara.

Los conventos encarnan una cuestion compleja; la civilizacion los condena y la libertad los protege.

LIBRO SÉPTIMO.

Paréntesis.

I.

El convento como idea abstracta.

Esta obra es un drama cuyo primer personaje es el infinito.

El hombre es el segundo.

En este supuesto, habiendo encontrado en nuestro camino un convento, hemos debido entrar en él. Por qué? porque el convento, que es tan propio del Oriente como del Occidente, de la antigüedad como de los tiempos modernos, del paganismo, del buddismo, del mahometismo como del cristianismo, es uno de los aparatos ópticos que el hombre dirige al infinito.

No es este el lugar oportuno para desarrollar ciertas ideas: sin embargo, conservando nuestra reserva, nuestras restricciones y hasta nuestra indignacion, debemos decir que cuantas veces

encontramos el hombre en el infinito, esté bien ó mal comprendido, nos sentimos poseídos de respeto. Tienen la sinagoga, la mezquita, la pagoda y el wigwam un lado horrible, que execramos, y un lado sublime, que atrae nuestro cariño. ¡Admirable contemplación para el espíritu, materia de meditación sin límites, Dios reflejando en las paredes humanas!...

II.

El convento como hecho histórico.

Condena al monaquismo el triple juicio de la historia, de la razón y de la verdad.

Quando los monasterios abundan en las naciones, sirven de trabas á la circulación, son establecimientos obstruyentes y centros de la pereza, que se constituyen donde debían estar los centros del trabajo. Las comunidades monásticas son, respecto á la gran comunidad social, lo que el muérdago es á la encina, lo que la verruga es al cuerpo humano. Su gordura y su prosperidad causa el empobrecimiento del país. El régimen monástico, excelente en la infancia de la civilización, útil para producir la reducción de la brutalidad por medio de lo espiritual, es perjudicial en la virilidad de los pueblos. Además, cuando se relaja y entra en su período de desarreglo, como continúa sirviendo de ejemplo, es perjudicial por los mismos motivos que era saludable en su período de pureza.

Los claustros han terminado su misión. Fueron útiles para la primera educación de la civilización moderna, han servido de obstáculo para su crecimiento y son perjudiciales para su desarrollo. Como institución, como manera de educar al hombre, los monasterios fueron buenos en el siglo diez, de discutible utilidad en el quince, y son detestables en el siglo diez y nueve. La lepra monacal ha roído, casi hasta el esqueleto, á dos grandes naciones, á Italia y á España, luz la una y esplendor la otra de la Europa durante siglos, y en la época actual estos dos pueblos ilustres empiezan á curarse, gracias á la sana y vigorosa higiene de 1789.

El convento, el antiguo convento de monjas especialmente, como existía aun al principio de este siglo en Italia, en Austria y en España, es una de las más sombrías concreciones de la Edad Media. El claustro, el claustro de esa clase sir-

ve de punto de intersección de los terrores. El claustro católico, propiamente dicho, está lleno de los resplandores fúnebres de la muerte.

El convento español sobre todo. En él se elevan en la oscuridad, bajo brumas bóvedas, macizos y gigantescos altares, altos como una catedral; allí penden de cadenas inmensos crucifijos blancos; allí se destacaban desnudos sobre el ébano grandes Cristos de marfil, más que ensangrentados, vertiendo sangre, sombríos y magníficos, coronados con espinas de plata, clavados con clavos de oro, con gotas de sangre de rubíes en la frente y lágrimas de diamantes en los ojos. Los diamantes y los rubíes parecen mojados, y hacen llorar en la oscuridad y allá abajo á seres cubiertos con un velo, cuyo cuerpo martiriza el cilicio, y que la oración desuella las rodillas á mujeres que se creen esposas, á espectros que se creen serafines. ¿Piensan acaso estas mujeres?—No.—Aman?—No.—Viven?—No. Sus nervios se han convertido en huesos. Sus huesos se han convertido en piedra. Su velo es una noche tejida. Su aliento bajo el velo parece la trágica respiración de la muerte. Tales eran los antiguos monasterios de España.

La España católica era más romana que la misma Roma: el convento español era el convento católico por excelencia.

Hoy los defensores de lo pasado, no pudiendo negar ciertas verdades, se han decidido por sonreírse cuando se les habla de ellas. Se ha hecho de moda un medio cómodo y extraño de suprimir las revelaciones de la historia, de debilitar los comentarios de la filosofía y de borrar todos los hechos desfavorables y todas las cuestiones sombrías. *Todas esas invectivas son declamaciones*, dicen los hábiles: *son declamaciones*, repiten los necios. Juan Jacobo es un declamador, Diderot lo mismo; Voltaire, cuando trata de Calas, de Labarre y de Sirven, también *declama*. No sé quién descubrió hace poco que Tácito era un declamador, que Nerón era una víctima, y que debíamos compadecernos del "pobre Holofernes".

Los hechos, sin embargo, son difíciles de desconcertar, porque son muy obstinados. El autor de este libro ha visto por sus propios ojos, á ocho leguas de Bruselas, un recuerdo de la Edad Media, que todo el mundo puede ver en la abadía de Villiers: el agujero de una sima,

en medio de un prado, que fué el patio del convento, y á orillas del Dyle cuatro calabozos de piedra que están mitad bajo tierra y mitad bajo el agua. Eran los *in-pace*. Cada uno de estos calabozos conserva aun rastros de una puerta de hierro, de una letrina y de un tragaluz enrejado, que por la parte de fuera está á dos pies sobre el río y por la de dentro á seis pies bajo el suelo. Cuatro pies de agua corren exteriormente por la pared, y el suelo está siempre mojado. El que vivía en el *in-pace* tenía por lecho este suelo. En uno de los calabozos queda aun un pedazo de argolla soldada á la pared; en otro se vé todavía una especie de caja cuadrada, formada de cuatro losas de granito, demasiado corta para echarse sobre ella y demasiado baja para sentarse. Allí metían á un sér humano, poniéndole una losa encima. Esto aun se vé y aun se toca. Esos *in-paces*, esos calabozos, esos gonces de hierro, esas argollas, ese alto tragaluz, á cuyo nivel corre el río; esa caja de piedra, cerrada como una losa, como una tumba, con la única diferencia de que el muerto allí era un vivo; ese suelo de fango, ese agujero de la letrina, esas paredes que suman, todo eso son declamaciones!

III.

Bajo qué condiciones puede respetarse lo pasado.

El monaquismo, tal como existía en España y como existe aun en el Tibet, es una especie de tisis para la civilización. Pára en seco la vida. Despuebla. Claustro es lo mismo que castración. Ha sido el azote de Europa. A este mal hay que añadir la coacción que se ha ejercido frecuentemente sobre las conciencias; las vocaciones forzadas, el feudalismo apoyándose en el claustro, el mayorazgo encerrando en él exceso de familia; los rigores atroces de que acabamos de hablar, los *in-pace*, las bocas enmudecidas, los cerebros tapiados y tantas desgraciadas inteligencias encerradas en la tumba de los votos perpétuos, sometidas á la toma de hábito y al entierro de las almas vivas. Unid á los suplicios individuales la degradación nacional y temblareis, cualquiera que sean vuestras ideas, ante la capucha y el velo, esos dos sudarios de invención humana.

Esto no obstante, en ciertos puntos, á despecho de la filosofía y del progreso, persiste el espíritu del claustro en la mitad del siglo diez y nueve, asombrando

al mundo civilizado con extraña recrudescencia ascética. La terquedad que manifiestan en perpetuarse las instituciones decrepitas se parece á la obstinación del perfume rancio que se empeña en perfumar el cabello, á la pretensión del pescado podrido que desea que lo coman, á la persecución del traje de niño que quiere vestir al hombre, y á la ternura de los cadáveres que desearan volver á abrazar á los vivos.

Ingratos! Dice el traje de niño:—Te he servido cuando eras más delicado y ahora que eres fuerte me desdeñas.—Procedo del mar, dice el pescado.—He sido rosa, dice el perfume.—Os he amado, exclama el cadáver.—Os he civilizado, replica el convento.—A esto solo se puede responder:—Sí, en otros tiempos.

Es sumamente extraño en plena civilización pensar en la prolongación de la vida de lo que murió, en restaurar los dogmas estropeados, en dorar los pulpitos, en blanquear los claustros, en volver á bendecir los relicarios, en reamueblar las supersticiones, en reanimar los fanatismos, en poner mango nuevo á los hisopos y á los sables, reconstituyendo el monaquismo y el militarismo, y creer en la salvación de la sociedad multiplicando los parásitos é imponiendo al presente el pasado. Sin embargo, hay algunos teóricos que sostienen estas teorías. Para éstos, que por otra parte son hombres de talento, el practicar su sistema es sumamente sencillo. Aplican á lo pasado un barniz, que llaman orden social, derecho divino, moral, familia, respeto á los antepasados, antigua autoridad, santa tradición, legitimidad, religión, y van gritando:—¡Mirad, todo esto vamos á dar á los hombres honrados!... Esta lógica ya la conocían las gentes primitivas. Los arúspices ya la practicaban. Frotaban con greda blanca una ternera y decían:—Es blanca. *Bos cretatus*.

Nosotros respetamos algunas cosas del pasado y le perdonamos en todo si consiente en estar muerto. Si quiere vivir, lo atacaremos y procuraremos matarlo.

Supersticiones, hipocresía, falsa devoción, preocupaciones, á pesar de ser larvas, quieren vivir tenazmente, escondiendo sus dientes y sus uñas, y es preciso destruirlas cuerpo á cuerpo, haciéndolas guerra sin tregua, porque una de las fatalidades de la humanidad consiste en vivir condenada á luchar eternamente con fantasmas. Es muy difícil cogerlas por el cuello y derribarlas.

Un convento en Francia, en mitad del

siglo diez y nueve, es un colegio de buhos arrostrando la claridad del día. Un claustro en flagrante delito de ascetismo en la ciudad de 1789, de 1830 y de 1848, es un anacronismo; es Roma viviendo dentro de París. En tiempos normales, para disolver un anacronismo y hacerle desaparecer, basta con hacerle deletrear el año de una moneda. Pero ahora no estamos en tiempos normales. Luchemos.

Luchemos, pero distingamos. El carácter propio de la verdad consiste en no ser extremado nunca. No se necesita exagerar. Hay cosas que deben destruirse, pero hay otras que deben estudiarse y mejorarse. El examen benévolo y grave tiene mucha fuerza. No apliquemos la llama donde solo se necesita acercar la luz.

Estando en el siglo diez y nueve, nos oponemos en tésis general, en todos los pueblos, á la claustración ascética, así en Asia como en Europa, así en la India como en la Turquía.

Decir convento es lo mismo que decir pantano. Su putrefacción es evidente; su estancación es malsana; su fermentación enferma á los pueblos y los marchita; su multiplicación se convierte en plaga de Egipto. No podemos pensar, sin estremecernos, en esos países en los que los fakires, los bonzos, los santones, los calageros, los morabitos, los talapuinos y dervises hormiguean como un montón de gusanos.

Dicho esto, queda en pié la cuestión religiosa, que tiene un lado misterioso, casi temible. Séanos permitido mirarlo frente á frente.

IV.

El convento bajo el punto de vista de los principios.

¿Cuántos hombres se reúnen para vivir en comunidad. ¿En virtud de qué derecho? En virtud del derecho de asociación. Se encierran en su casa. ¿En virtud de qué derecho? En virtud del derecho que tiene todo hombre de abrir ó de cerrar la puerta de su domicilio. No salen nunca. En virtud de qué derecho? En virtud del derecho que asiste al hombre á ir y venir libremente, que implica el derecho de quedarse en casa.

Y en su casa qué hacen?

Hablan bajo, inclinan los ojos al suelo y trabajan. Renuncian al mundo, á la vida de las ciudades, á las sensualidades, á los placeres, á las vanidades, al

orgullo y al interés. Se visten de paño burdo ó de tosca tela. Ninguno de ellos posee nada en propiedad. El rico se empobrece al entrar allí, porque reparte entre todos lo que poseía. El que era noble caballero y señor, allí se iguala con el villano. La celda es igual para todos. Todos sufren la misma tonsura, llevan el mismo hábito, comen el mismo pan negro, duermen sobre la misma paja, mueren sobre la misma ceniza, llevan en la espalda el mismo saco y la misma correa en la cintura. Si la orden lo requiere todos van descalzos. Podrá entre ellos haber algún príncipe, pero al entrar allí deja de serlo. Allí no hay títulos y hasta desaparecen los apellidos de familia. Todos se inclinan ante los nombres de bautismo. Han disuelto la familia carnal y constituyen en su comunidad una familia espiritual. Son parientes de todos los hombres: socorren á los pobres y cuidan á los enfermos; eligen á los que han de prestar obediencia, y unos á otros se llaman hermanos.

Al llegar aquí los lectores me interrumpen, diciendo:—¡Pero eso es el convento ideal!...

Basta que sea el convento posible para que yo exponga mis opiniones sobre él.

Por esta razón hablé en el libro anterior del convento con respeto. Prescindiendo, pues, de la Edad Media, del Asia, de la cuestión histórica y política, que nos reservamos tratar; considerando esta cuestión bajo el punto de vista estrictamente filosófico, fuera de la esfera de la política militante y con la condición de que sea voluntaria la vida monástica, consideraré siempre á las comunidades religiosas con atenta gravedad y hasta con deferencia en ciertos puntos. Donde hay comunidad hay asociación; donde hay asociación hay derecho. El monasterio es producto de la fórmula Igualdad, Fraternidad. La libertad es magnífica y realiza espléndidas transfiguraciones. La libertad basta para convertir el monasterio en república.

Continuemos.

Los hombres ó las mujeres en los conventos, que viven encerrados entre cuatro paredes, que visten toscos hábitos, que son iguales, que se llaman hermanos, hacen algo más?

—Sí.

—¿Qué hacen?

—Miran en la oscuridad, se arrodillan y juntan las manos.

—Eso qué significa?

V.

La oración.

Rezan.

—A quién?

—A Dios.

—Rezar á Dios qué quiere decir?

Existe un infinito fuera de nosotros. Ese infinito es uno, inmanente, permanente; necesariamente sustancial, porque es infinito, y si la materia le faltase tendría ya una limitación; necesariamente inteligente, porque es infinito, y si la inteligencia le faltase sería finito. Ese infinito, ¿despierta en nosotros la idea de esencia, mientras que solo podemos atribuirnos á nosotros mismos la idea de existencia? O en otros términos: ¿no es él lo absoluto del que nosotros somos lo relativo?

Al mismo tiempo que existe un infinito fuera de nosotros, ¿no existe otro dentro de nosotros mismos? Estos dos infinitos, ¿no se superponen el uno al otro? ¿El segundo infinito no es, por decirlo así, subyacente al primero? ¿No es el espejo, el reflejo, el eco, el abismo concéntrico de otro abismo? ¿Es inteligente también este segundo infinito? Piensa? Quiere? Ama? Si los dos infinitos son inteligentes, cada uno de ellos tiene un principio volente y existe un *yo* en el infinito de arriba, como existe otro *yo* en el infinito de abajo. El *yo* de abajo es el alma y el *yo* de arriba es Dios.

Poner mentalmente en contacto el infinito de abajo con el infinito de arriba, se llama rezar.

No cercenamos nada al espíritu humano; suprimir nunca es bueno. Lo necesario es reformar y transformar. Ciertas facultades del hombre se dirigen hácia lo desconocido, como el pensamiento, la meditación y la oración. Lo desconocido es un Océano y la conciencia es la brújula de lo desconocido. El pensamiento, la meditación y la oración son fulgores misteriosos. Respetémoslos. ¿A dónde van esas irradiaciones majestuosas del alma? A la sombra, es decir, á la luz.

La grandeza de la democracia estriba en no negar nada y en no renegar de la humanidad. Cerca del derecho del hombre, ó al menos á su lado, coloca el derecho del alma.

Destruir los fanatismos y venerar al infinito es nuestra ley. No nos limitemos á prosternarnos ante el árbol Creación y á contemplar sus inmensas ramas lle-

nas de astros; tenemos que cumplir un deber: trabajar en pró del alma humana; defender el verdadero misterio contra el falso milagro; adorar lo incomprendible y rechazar lo absurdo; no admitir más hecho inexplicable que el necesario; purificar la creencia: separar las supersticiones que embarazan el camino de la religión; limpiar, para que resplandezca, la idea de Dios.

VI.

Bondad absoluta de la oración.

En cuanto á los modos de rezar, creemos que todos son buenos con tal de que sean sinceros. Cerrad el libro que esteis leyendo y contemplad el infinito.

No ignoramos que hay una filosofía que niega el infinito; pero también hay una filosofía, patológicamente clasificada, que niega el sol; esa filosofía se llama ceguera.

Erigir un sentido que nos falta en manantial de verdad, es una ocurrencia de ciego. Lo más curioso es el tono altivo de superioridad y de lástima que toma, frente á frente de la filosofía que vé á Dios, esa filosofía que anda á ciegas. Me parece que oigo exclamar á un topo: ¡Me dá lástima verlos entusiasmados con el sol!

Sabemos que existen ilustres y poderosos ateos, pero éstos, atraídos á la verdad por el mismo poder de ésta, no están muy seguros de su ateísmo; para ellos casi es cuestión de definición, y en todos los casos, si no creen en Dios, siendo grandes talentos prueban la existencia de Dios. Saludamos en ellos á los filósofos, calificando al mismo tiempo inexorablemente su filosofía.

Continuemos.

También es admirable la facilidad para satisfacerse con palabras. Una escuela metafísica del Norte, algo metafísica, creyó provocar una revolución en el entendimiento humano sustituyendo la palabra Voluntad á la palabra Fuerza.

Decir: la planta quiere, en vez de decir: la planta crece, sería una frase fecunda; y si se añadiese: el universo quiere. ¿Por qué? porque de esto se deduciría: si la planta quiere, es que hay un *yo* en ella: si el universo quiere, luego hay un Dios.

Nosotros, que en contraposición á esa escuela no rechazamos nada á priori, creemos que admitir voluntad en la planta es mucho más difícil que admitir

la voluntad en el universo, que dicha escuela niega.

Negar la voluntad del infinito, es decir, negar á Dios, solo puede hacerse negando el infinito. Ya lo hemos demostrado.

La negacion del infinito conduce rectamente al nihilismo, y entonces todo se convierte en "una concepcion del espíritu".

Con el nihilismo no hay discusion posible, porque si el nihilista es lógico, debe dudar de que exista su interlocutor, y no debe estar seguro de su propia existencia.

Aplicándole su doctrina, es posible que no sea él para sí mismo más que "un puro concepto de su espíritu". Unicamente no advierte que todo lo que ha negado lo admite en junto con solo pronunciar esta palabra: "Espíritu". En una palabra, todavía no ha abierto al pensamiento ningun camino esa filosofía que pretende que todo conduzca al monosílabo no. A no, solo puede responderse con este otro monosílabo: sí.

El nihilismo no tiene más trascendencia.

La nada no existe. El cero no existe. Todo es algo. Nada, no es nada.

El hombre vive de afirmaciones más aun que de pan.

Ver y mostrar no basta. La filosofía debe ser una energía. Debe tener por esfuerzo y por efecto mejorar al hombre. Sócrates debe entrar en Adán y producir á Marco Aurelio, ó dicho en otros términos: hacer salir del hombre de la felicidad el hombre de la sabiduría. Transformar el Eden en Liceo. La ciencia debe ser un cordial. Gozar es un triste objeto y una mezquina ambicion. Los brutos gozan. Pensar es el verdadero triunfo del alma. La mision de la filosofía real es hacer fluir el pensamiento para que mitigue la sed de los hombres; darles á todos en elixir la nocion de Dios, hacer fraternizar en ellos la conciencia y la ciencia, y conseguir que sean justos por medio de esa union misteriosa. La moral es una difusion de verdades. Contemplar conduce á obrar. Lo absoluto debe ser práctico. Lo ideal debe ser respirable, potable y comible para el espíritu humano. El ideal tiene derecho á decir: *Tomad, esta es mi carne; bebed, esta es mi sangre.* La sabiduría es una comunión sagrada, y con esta condicion cesa de ser amor estéril á la ciencia, para convertirse en el modo único y soberano de

la union humana, y asciende de filosofía á religion.

La filosofía no debe ser un edificio construido sobre el misterio para mirarle más fácilmente, sin más resultado que una distraccion de la curiosidad.

Dejando para otra ocasion el desarrollo de nuestra idea, nos concretaremos á decir ahora que no comprendemos, ni al hombre como punto de partida, ni el progreso como fin, sin estas dos fuerzas motrices: creer y amar.

El progreso es el fin; el ideal es el tipo. Qué es el ideal? Dios.

Ideal, absoluto, perfeccion, infinito, son palabras idénticas.

VII.

Precauciones que deben tomarse al condenar.

La historia y la filosofía tienen deberes eternos, pero que son al mismo tiempo deberes sencillos: combatir á Caifás, pontífice; á Dracon, juez; á Trimalcion, legislador; á Tiberio, emperador, es claro, directo, explícito, y no ofrece la menor duda. Mas el derecho de vivir aparte, hasta con sus inconvenientes y sus abusos, debe ser reconocido y respetado. El cenobitismo es un problema humano.

Cuando se habla de los conventos, de esos lugares de error, pero de inocencia; de extravío, pero de buena voluntad; de ignorancia, pero de sacrificio, es preciso decir casi siempre sí y no.

Un convento es una contradiccion. Su objeto es la salvacion por medio del sacrificio; es el supremo egoismo que dá por resultado la suprema abnegacion.

El monaquismo parece que haya adoptado esta divisa: Abdicar para reinar.

En el claustro se padece para gozar más tarde. Se gira una letra de cambio sobre la muerte; se descuenta en la noche terrenal la luz celeste; se acepta el infierno de antemano para conseguir la herencia del Paraiso.

La toma del velo ó del hábito es un suicidio que paga la eternidad.

Semejante objeto no debe ser materia de burla. Todo en él es serio, el bien y el mal.

El hombre debe fruncir el entrecejo, pero no sonreirse con sonrisa maligna. Comprendemos la cólera, pero no la malignidad.

VIII.

La fé, la ley.

Unas cuantas palabras para terminar esta materia. Vituperamos á la Iglesia cuando está saturada de intrigas, despreciamos lo espiritual cuando se opone á lo temporal, pero honramos en todas partes al hombre que medita.

Saludemos al que se arrodilla.

La fé es necesaria al hombre. ¡Desgraciado el que no cree!

No está desocupado el hombre cuando se extasia, porque existe el trabajo visible y el invisible.

Contemplar es trabajar; pensar es obrar. Los brazos cruzados trabajan, las manos juntas obran. La mirada que se dirige al cielo es un acto.

Thales permaneció cuatro años inmóvil y fundó la Filosofía.

Para nosotros, no son ociosos los cenobitas, ni los solitarios holgazanes.

Pensar en la sombra es cosa seria.

Sin debilitar en lo más mínimo lo que hemos dicho, creemos que conviene á los vivos acordarse perpétuamente de la tumba. En este punto están acordes el sacerdote y el filósofo. *Morir tenemos*, el abad de la Trapa replica á Horacio.

Impregnar la vida con la idea de la muerte es la ley del sábio y es tambien la ley del asceta: ambos converjen en este punto.

Queremos el mejoramiento material, pero tambien respetamos el perfeccionamiento moral. Las personas ligeras é irreflexivas preguntan:

—¿De qué sirven esas figuras inmóviles contemplando el misterio? ¿Qué hacen?

Ante la oscuridad que nos rodea y que nos espera más tarde, sin saber qué hará de nosotros la dispersion inmensa que nos aguarda, les contestamos:—Nada hay tan sublime como el trabajo de esas almas y quizás nada tan útil. Hace falta que haya quien rece por los que no rezan jamás. Para nosotros, toda la cuestion consiste en la cantidad de pensamiento que interviene en la oracion.

Leibnitz orando es grande; Voltaire adorando es magnífico. *Deo erexit Voltaire.*

Estamos en favor de la religion y en contra de las religiones.

Somos de los que creen en la miseria del rezo y en la sublimidad de la oracion.

Por lo demás, en el minuto que atravesamos, minuto que por fortuna no imprimirá su sello al siglo diez y nueve; en este momento en que tantos hombres humillan la frente y el alma, teniendo el placer por regla de moral, ocupándose solo de lo perecedero y deforme de la materia, el que voluntariamente se destierra del mundo nos parece venerable. El monasterio es un destierro eterno. Sacrificarse por error no deja de ser sacrificio. Tomar por deber un error austero, es cometer equivocacion magnánima.

Considerando el convento en sí mismo é idealmente para darle nuestra ojeada imparcial bajo todos sus aspectos, el convento de mujeres, sobre todo, tiene incontestablemente cierta majestad.

La existencia del claustro, tan austera y tan monótona, como ya lo indicamos anteriormente, no es la vida, porque no es la libertad; no es la tumba, porque no es la plenitud; es el lugar extraño desde el que se descubre, como desde la cima de un monte, á un lado el abismo en que vivimos y al otro lado el abismo en que caeremos; es la frontera estrecha y brumosa que separa dos mundos, alumbrada y oscurecida á un tiempo por los dos, en la que el rayo debilitado de la vida se confunde con el rayo sombrío de la muerte; es la penumbra de la tumba.

Nosotros, que no creemos lo que esas mujeres creen, pero que, como ellas, vivimos de la fé, no hemos podido pensar nunca sin cierto terror compasivo y religioso, sin envidiosa piedad, en la abnegacion de esas criaturas, trémulas y confiadas, en esas almas humildes y augustas que se atreven á vivir en las mismas orillas del misterio, esperando, entre el mundo, cerrado ya para ellas, y entre el cielo, que no se les ha abierto todavía, con el consuelo de tener la conviccion de saber dónde está, aspirando al abismo y á lo desconocido, con la vista fija en la oscuridad inmóvil, arrodilladas, en éxtasis, temblorosas y casi arrebatadas á ciertas horas por los soplos profundos de la eternidad.